

CAPITULO XLIX.

Primera parte de una intriga femenil.



El día siguiente creció la alarma en el campamento de los españoles.

Hasta entónces los indios de San Juan de Ulúa habian vivido en torno suyo, y parecian esmerarse en adivinar sus deseos y en satisfacer sus capricho.

Todos llevaban provisiones á la tienda de los españoles.

Los agasajaban y cuidaban á aquellos hombres, á quienes temian y admiraban.

Los españoles al despertarse vieron en torno suyo el vacío. Los indios se habian alejado.

Toda la campiña estaba desierta.

Los que llevaban víveres á los soldados de Hernan Cortés fueron esperados en vano.

Aquella soledad, aquel retraimiento, aquella actitud de resistencia pasiva, entristeció profundamente á los soldados españoles.

Vieron que iban á ser sitiados por hambre, y la necesidad les pintaba su situacion mucho más triste de lo que era en realidad.

No ignoran nuestros lectores que acompañaban á Hernan Cortés en la expedicion amigos y deudos del gobernador de Santiago de Cuba.

Hasta entónces los triunfos que habia obtenido Hernan Cortés habian acallado sus murmuraciones y su oposicion á los planes del caudillo.

Pero la magnificencia con que se habian presentado á sus ojos los embajadores de Moctezuma, el numeroso ejército con quien habian tenido que luchar en Tabasco, la grandeza que suponian en el emperador de México, los presentes que habia enviado á los españoles, las muestras de civilizacion, progreso y apogeo que observaban en todas partes, disfrazando el miedo con las apariencias de la lealtad y de adhesion hácia el gobernador de Santiago de Cuba, se atrevieron á alzar la voz y á oponer una resistencia más que pasiva á los proyectos de Hernan Cortés.

—Quiere perdernos, decia Diego de Ordaz.

—Su obstinacion, añadia Velazquez de Leon, su sed de riquezas, su ciego valor, van á conducirnos á la más triste de las esclavitudes.

—¿Cómo un puñado de hombres cansados y hambrientos, van á poder luchar con toda una nacion, tan grande, tan civilizada y tan enérgica como la que domina ese soberano tan poderoso?

—No solo no podremos avanzar, porque nos estorbarán el paso, sino que despues de sitiarnos por hambre nos atacarán los soldados que aquí tiene Moctezuma y nos destruirán.

—Es necesario regresar á Cuba.

—¿Regresar para volver?

—Cierto: allí, con los conocimientos que hemos adquirido de las necesidades que hay para conquistar este imperio, podremos volver en breve en mayor número, con más elementos para triunfar.

—Pues nada, nada; hablemos á Hernan Cortés. Que conozca nuestra intencion.

—El nos ha colocado en esta situacion, con que justo es que muera.

—Lo principal es atraer á nuestro partido á todos.

—Fácilmente conseguiremos eso. El desaliento es grande, y

la falta de víveres pondrá de nuestra parte á los soldados y á los marineros.

Alvarado, á pesar de la entrevista que habia tenido con Marina, era tan vivo el amor que sentia hácia aquella mujer, que la idea de regresar á Cuba con ella le halagaba, porque estaba convencido de que Diego de Velazquez prenderia á Hernan Cortés, y entónces fácilmente podria llevarla á España y realizar sus amorosos deseos.

Despues de haber oido las proposiciones formuladas por los otros capitanes, procuró ver á Marina..

—Renuncia á tu venganza de Moctezuma, dijo, y yo te ofrezco que te satisfará la venganza que puedas tomar sobre Hernan Cortés.

—¿Pues qué sucede? preguntó Marina.

—Todos los capitanes quieren regresar á Santiago de Cuba.

—¿Y abandonar á su jefe?

—Es para obligarle á que venga con nosotros.

—No querrá Hernan Cortés.

—Si todos se lo aconsejan no tendrá más remedio que acceder.

—Y en ese caso....

—En ese caso el gobernador de Santiago de Cuba le odia.

Apénas llegue le aprisionará, le formará causa, le condenará á muerte, y la mayor venganza para tí es verle morir infameamente en presencia de los que se promete ver á sus piés humillados ante su gloria.

—La idea es buena, dijo Marina, simulando una aprobacion entusiasta para que no comprendiese Alvarado la emocion que habian producido en ella las noticias que acababa de darle.

Marina no tardó en comunicar á Hernan Cortés lo que habia descubierto.

El peligro que corria era grande.

No podia perder tiempo.

En tanto que meditaba el medio de oponerse á los designios de los capitanes descontentos, éstos, en su mayor parte de acuerdo, dominaron á Diego de Ordaz para que hablase en nombre suyo á Hernan Cortés.

Así lo conoció el caudillo cuando se presentó á su vista.

—Señor, le dijo, no solo los capitanes, sino los soldados, están tan descontentos al pensar los sacrificios que aun tienen que hacer para llevar á cabo vuestros proyectos, que va á ser de todo punto imposible sostener su obediencia.

—¿Eso creéis?

—Sin duda alguna; apénas han sabido vuestra resolucion de seguir adelante la empresa que nos sacó de Cuba, se han mostrado descontentos.

—Ved lo que son las cosas: yo os creia satisfecho y animoso. Hasta ahora no podeis quejaros de la fortuna.

—Es cierto; pero ni el número en que están, ni las condiciones de las naves, ni las dificultades que hay que arrostrar, son cosas que puedan desatenderse.

—Añadid á esas contrariedades las ventajas que hemos experimentado, los favores del cielo en Cozumel, la victoria en Tabasco, las riquezas del imperio de Moctezuma que nos esperan.

—Teneis razon; pero esa gente es ignorante, está cansada, y no desea otra cosa más que volver á la isla de Cuba.

—Bien está, contestó Hernan Cortés; yo me habia figurado que sus deseos eran todo lo contrario; pero ya que desconfian, ya que temen, no seré yo quien los lleve adelante.

—Segun eso, accedeis....

—¿Me creéis tan poco precavido que quiera lanzarme á conquistar un pueblo, llevando entre mis soldados á mis mayores adversarios?

—De ningun modo.

—Podeis comunicar á los que os han confiado la mision de hablarme, que accedo á sus deseos, que dispondré lo necesario

para nuestro regreso, y esto decidlo solo à los capitanes. La única pena que me queda, es la de que vos y ellos desmayeis de ese modo tan lamentable.

Diego de Ordaz no replicó.

Las noticias que llevó à sus amigos difundieron la alegría en el ejército.

—¡Qué dichosos son al pensar que se van! dijo Marina à Hernan Cortés.

Les he ofrecido esa alegría, contestó el caudillo, para que recuperen las fuerzas y me sigan mejor.

CAPITULO L.

Segunda parte.



HERNAN Cortés habia concebido un plan, y encargado à Marina su desarrollo.

No bien se habia separado Diego de Ordaz del lado de su jefe, cuando Marina corrió à buscar à Pedro de Alvarado.

—Pedro, le dijo, he reflexionado sobre tus proyectos, y aunque fascinada al principio por ellos, no puedo ayudarte à llevarlos à cabo.

—¿Qué dices?

—¿De qué me sirve vengarme de Hernan Cortés, si no perece àntes Moctezuma?

—Yo te vengaré despues.

—¿Tú?

—Yo, sí; que lograré que Diego de Velazquez me envíe al frente de un ejército para conquistar el imperio de México.

—No, no lo conseguirás.

Y despues añadió:

—Me amas demasiado.

Yo te suplicaría que me llevases à España, y accedieras à mis ruegos.

—¿Qué más te da?

Lleguemos hasta México.

Que sucumba Moctezuma, y despues cumpliré mi promesa.

—Es ya tarde.

—¡Tarde! ¿Por qué?

—¿Ignoras que Diego de Ordaz ha ido á hablar á Hernan Cortés en nuestro nombre, para pedirle que regrese á Santiago de Cuba?

—Tú le has pedido que tal haga.

—Yo no, pero los otros capitanes, los soldados....

—Oponete á esa determinacion, le interrumpió Marina.

—Hernan Cortés ha accedido á ella.

—Tanto mejor.

De esa manera te pones enfrente de él.

Le haces ver que hay en tu corazon más energía que en el suyo.

—Pero yo solo....

—Tienes soldados que te sigan, y algunos capitanes tambien.

Desean quedarse aquí y avanzar hacia el centro del imperio.

—Pues nada, es cosa hecha.

—Haz lo que yo te digo.

Mañana anunciará Hernan Cortés su resolucion, oponete á ella; que te sigan algunos, y se realizarán nuestros designios.

Pedro de Alvarado cayó en el lazo.

Inmediatamente influyó con algunos para que resistieran las órdenes de Hernan Cortés, si como se anunciaba publicaba al dia siguiente volver á Santiago de Cuba.

Entre tanto, Marina aseguraba á Hernan Cortés el triunfo.

Hay cosas que sorprenden y asombran en el mundo.

Aquella mujer apasionada del valiente caudillo de los españoles, favorecia sus designios.

Era el agente más importante de sus resoluciones.

Le prestaba más ayuda que todos sus soldados.

Pero al mismo tiempo obligaba á faltar á sus deberes al esposo y al padre, sin duda como una tentacion, base del premio, ó el castigo que le reservaba la Providencia.

Al dia siguiente hizo Hernan Cortés que desde muy temprano se publicase la jornada para la isla de Cuba.

Al mismo tiempo dió las órdenes oportunas para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en las naves.

Apénas se divulgó la noticia, Pedro de Alvarado, con algunos capitanes, y sobre todo con los soldados, se amotinaron, prorumpiendo en reconvenciones y amenazas.

Decian unos:

—Nos han asegurado que veníamos á poblar esta tierra, y no queremos salir de ella ni volver á la isla de Cuba.

—Abandonar el campo despues de haber obtenido tantos triunfos, es una cobardía.

—Si Hernan Cortés no quiere proseguir su empresa, en el abandono que nos deja no nos faltará un capitan que nos guíe al combate.

Pedro de Alvarado y algunos otros capitanes apaciguaron los ánimos, asegurando que los soldados se unirían para manifestar sus deseos á Hernan Cortés.

Hiciéronlo, en efecto, y al llegar á su presencia:

—El ejército, le dijo Pedro de Alvarado, está á punto de sublevarse, porque no quiere regresar á Santiago de Cuba.

Es extraño que hayais tomado semejante resolucion sin consultar á los capitanes.

—Me asombra lo que decís, exclamó Hernan Cortés, desempeñando su papel con maestría. ¿Asegurais que todo el ejército se ha indignado ante la orden que he dado de regresar á Santiago de Cuba?

—Sí, sí, gritaron todos los que acompañaban á Pedro de Alvarado.

—¿Me atribuyen la resolucion?

—Vos la habeis dictado.

—Tened presente que si he dado la orden de regresar á Cuba ha sido muy á pesar mio; pero ayer se acercaron á mí algunos de mis capitanes, me aseguraron que el ejército queria á toda sta abandonar este país, que el desaliento se habia apoderado

de todos los ánimos, y yo, cediendo á pesar mio á la necesidad de complacer á mis soldados, dicté las órdenes que habeis oido. Pero mi alegría es inmensa al ver que vuestro obispo se opone abiertamente á regresar sin la victoria.

Por mi parte, añadió, acojo los deseos de los que quieran proseguir adelante; pero como no quiero soldados tímidos, indecisos, y sé que algunos desean volver, yo avanzaré con los que queden á mi lado; pero no me opondré á que se vayan los que quieran, y al efeco voy á mandar prevenir embarcaciones y víveres para que puedan hacer el viaje.

Apénas pronunció estas palabras Hernan Cortés, fué aclamado por todos los presentes.

A sus voces no tardaron en acudir los demas soldados, los cuales, con las mayores demostraciones de júbilo, ofrecieron á su jefe no abandonarle nunca.

Ninguno quiso regresar á Cuba.

Diego de Ordaz y los demas que el dia anterior habian pedido á Hernan Cortés que dictase las órdenes de marcha, se excusaron como pudieron, y gracias á la habilidad de Marina y á la táctica de su amante, el desaliento de los soldados se trocó en enérgica abnegacion.

CAPITULO LI.

Un golpe maestro.



UNA inesperada fortuna vino en auxilio de Hernan Cortés.

Al dia siguiente de la ovacion de que hemos dado cuenta, hallábase Bernal Diaz del Castillo con un soldado de centinela en una de las avanzadas del cuartel general, cuando vieron llegar hácia su tienda cinco indios.

Hacia ya muchos dias que los habitantes de San Juan de Ulúa los tenian completamente abandonados.

Aquellos cinco hombres no podian inspirar recelo alguno á los centinelas, y les dejaron llegar hasta donde estaban.

Al aproximarse á ellos hicieron señales de paz, y manifestaron que iban á ver al general del ejército con una misión importante.

—Por lo que pueda tronar, dijo Bernal Diaz del Castillo á su compañero, quédate en acecho á ver si siguen á éstos algunos otros; y si así sucediere, dispara tu arcabuz. Esa será la señal para que acudamos todos á la defensa.

En seguida partió con los cinco indios adonde estaba Hernan Cortés á anunciar su llegada, y no tardaron en hallarse en su presencia.

Hernan Cortés los recibió con la mayor benevolencia.

Antes de oirlos mandó que los agasajasen, y supo por Marina que no eran mexicanos.